

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO V

Coordinación

ALFREDO ÁVILA  
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 209

## Conjuración de Napoleón y Godoy contra España.— 1808

*CONJURACIÓN de Bonaparte y don Manuel Godoy contra la monarquía española.*

Dos mil leguas distante de la escena más pérfida que han visto los siglos; dedicando a la conservación de la humanidad lánguida y afligida; siento, no obstante, agitarse mi espíritu por todos los afectos que inflaman a los fieles españoles, testigos de esa catástrofe horrorosa. La distancia no me permite marchar bajo los estandartes enarbolados por el patriotismo y lealtad, para redimir a un rey arrancado alevosamente de su trono por el vasallo más favorecido, y por aquel íntimo amigo a quien tantas pruebas había dado de su confianza y sincera adhesión; para restaurar su corte usurpada por unos asesinos que han cometido las mayores atrocidades en aquel mismo pueblo que los había recibido con la más afectuosa hospitalidad; que pretende abolir sus leyes fundamentales, arrogarse la autoridad, y exponer la nación a las desolaciones de una guerra intestina. Pero si no me es concedido verter toda mi sangre por causas tan justas, humedeceré al menos la pluma en la más ardiente de mi corazón, para declamar contra una felonía tan negra y detestable. ¿Cielos por qué no me concedisteis, la vehemencia de Tulio, la energía de Demóstenes? ¿Fue acaso Catalina más infiel a Roma que Godoy a la España, o es Bonaparte menos abominable a ella que Filipo a la Grecia?

*La España será la última víctima que devore Bonaparte,* dijo un ministro de Inglaterra mucho antes que nuestro ejército se hubiera enervado desterrando veinticinco mil hombres al norte de Europa; cuando el rey de Nápoles no había sido lanzado a la isla de Sicilia; cuando la reina de Etruria permanecía en su trono; cuando todavía el príncipe regente de Portugal, y toda su real familia perseguida por las tropas francesas, no pensaba buscar un asilo en sus remotas

posesiones de América; y cuando ejércitos más poderosos de la Francia no habían entrado pacíficamente en la península, y a pretexto de ampararla y protegerla de una invasión, que ellos mismos aceptaban, se apoderaron de todas las fortalezas de la frontera, y plantaron sus reales al rededor de la corte de Carlos IV.

Entretanto, un valido sin el talento de Grandella, sin la política de Alberoni, sin alguna de las virtudes de Jiménez, y excediendo a todos en ambición, avaricia, y otros vicios; un favorito déspota absoluto de la voluntad de su príncipe, de la existencia y propiedades de sus vasallos; don Manuel Godoy, aun más insidioso y pérfido que el mismo Bonaparte, permite debilitar nuestro ejército, pudiendo evitarlo fácilmente con los millones que atesoraba; mira inalterable arrojar de sus solios a un hermano y dos hijas de aquel rey que lo había exaltado a las más altas dignidades; consiente entrar en España cien mil franceses armados con todo lo necesario para una conquista, y aunque su general *reserva explicar las ideas que los conducen para cuando el emperador se presente delante de sus ejércitos*, les entrega todas las plazas fuertes, preparándoles alojamiento en la corte que ya sitiaban amistosamente.

Lejos de tomar las precauciones más activas y enérgicas por tanto aparato marcial y un silencio tan sospechoso; lejos de hacer retirar las tropas que teníamos en Portugal, donde no eran necesarias, y donde nunca debieron haber ido mucho menos en aquellas circunstancias; lejos de alarmar al pueblo de Madrid, y a toda la península, o dejarla que fomentase su desconfianza y recelosos para que privadamente cada cual se apercibiese; lejos por fin de emplear otros recursos que no omitiría el hombre más incauto; se empeña en tranquilizar la nación y disipar sus muy justas sospechas, hasta ofrecer al mismo soberano por garante de las sinceras y amistosas intenciones de los franceses.

Antes de esta época siempre lamentable, confiado en la ciega condescendencia de Carlos IV a sus más desreglados deseos, consiguió casarse con una infanta su prima. Arbitro sin límites del poder y autoridad, se elevó sobre todos sus vasallos, arrogándose las primeras dignidades y el tesoro de la nación. Sin otra campaña que la escaramuza con los portugueses el año de 1801, y no habiendo visto el mar sino desde Cádiz y Barcelona cuando el viaje de los reyes a Sevilla y las bodas del príncipe de Asturias, tuvo la impudencia de conferirse los títulos de Generalísimo de los Ejércitos y Almirante General de España y de las Indias con emolumentos y honores no concedidos ni al heredero presuntivo de la corona. Este derecho era el único que mortificaba su ambición, y para degradarlo de esa preeminencia, osó pretender se declarase al príncipe fatuo e incapaz de reinar, para que recayese en él la regencia de la monarquía por los graves achaques de Carlos IV. Nada fue tan fácil como disipar aquella impostura, ni nada tan justo como reprimir el orgullo de su infame autor. Mas, lejos de quedar confundido y escarmentado, protesta vengarse de un modo aun más inicuo. Sin más razón que su despotismo, separa del Consejo de la corte a los fieles ministros que resistieron su proyecto, y coloca en sus plazas los que podían cooperar al sórdido plan que estaba intrigando. En el mes de octubre del año próximo anterior suplantó alevosamente al príncipe de Asturias el horroroso crimen de regicida y parricida; le obligó a firmar dos cartas dirigidas a sus augustos padres en que detestaba la atrocidad que nunca pensó cometer, llegó su iniquidad hasta el extremo de prevenir el juicio del tribunal que conocía de esta causa, extendiendo anticipadamente la sentencia que había de pronunciar contra todos los que suponían cómplices con su alteza real. Sus notorias virtudes sociales y cristianas, la opinión general de todo el reino, y la rectitud de aquellos jueces, incorruptibles hasta entonces, declararon unánimemente la inocencia de todos los calumniados, pura y libre del menor indicio.

De esta suerte Bonaparte y Godoy confederados contra Carlos IV y su dignísimo sucesor, preparaban la ruina de la monarquía española. Sin ejército, sin marina ni tesoro; expatriados o perseguidos los vasallos más ilustres por sus talentos y virtudes; abatida la nobleza; humillada y envilecida la nación, después de dieciocho años de un gobierno despótico, en que los vicios y crímenes eran aplaudidos y renumerados; creyeron inevitable su proyecto, y que la España indefensa, e incapaz de resistir el poder invencible de cien mil franceses, con olivas y palmas conduciría al trono a Bonaparte, y postrado a sus pies le tributaria el homenaje de todas sus colonias.

Lo ocurrido en Aranjuez desde 17 hasta el 21 de marzo acreditará siempre, que las virtudes de los españoles pudieron ser sofocadas, pero no extinguidas. Llegó al colmo la perfidia y despotismo de Godoy,apuró todo el sufrimiento y resignación del pueblo, y semejante a un volcán oprimido, reconcentra sus fuerzas y arroja de sí la inmensa mole que lo abrumaba. El pueblo sólo tuvo bastante energía, valor y fortaleza para evitar la emigración de los reyes, y para hacer sufrir a su execrable autor las más grandes humillaciones. El pueblo tantas veces calumniado de injusto y sedicioso, ha solido ser el juez más recto e inflexible. Si entonces lo hubieras conocido, no sufrirías ¡oh España! la vejación de ver a ese monstruo enseñorearse ahora con todos sus títulos y dignidades cerca del trono de Napoleón; allí sólo puede existir; allí sólo remunerarle sus servicios.

El más importante que le hizo, y el que debía facilitarle la usurpación de la España, era la fuga de los reyes. No la propuso a sus majestades hasta el momento en que sospechándola los vecinos de Madrid, se reunieron para evitarla. Entonces, lejos de manifestar al rey el verdadero motivo de aquella fermentación, le hizo concebir que el pueblo atentaba contra su augusta persona, y que era preciso abandonarlo para no exponerse a un desacato. No es creíble que el

traidor intentaba realizar la emigración. ¿Cómo podían llegar los reyes a los puertos de la península sin que los consejos, los pueblos por donde debían transitar, las tropas españolas y francesas que a cada paso encontrarían, y la nación toda no lo impidiera? ¿Cómo el avaro Godoy no se preparó para ella, extrayendo de su casa todo su tesoro, sus riquísimas alhajas, y aquellos papeles que comprobaron sus crímenes contra el Estado y contra el príncipe de Asturias? Y Bonaparte consentiría que se trasladasen a la América, conservaran estos vastos dominios, privándose para siempre de la porción más importante de la monarquía española? ¿Se satisfaría su odio a la casa de Borbón con arrojarla de la Europa? Miraría con indiferencia que establecieran en las Indias un imperio formidable, unido íntimamente con la Inglaterra, con los portugueses de Brasil, y con los estados de la América septentrional? ¿Ni cómo se podía verificar el viaje de la familia real sin el auxilio de los ingleses, o exponiéndose a ser presa de sus escuadras? De aquí debe inferirse que la fuga de los reyes, no obstante el aparato que la anunciaba, fue una simulación urdida ente Bonaparte y Godoy con el doble objeto de hacer a sus majestades odiosos a sus pueblos, porque los desamparaba cuando era tan necesaria su presencia, y por este abandono autorizarse Napoleón para ocupar la península, sin la menor resistencia.

¡Vanas, detestables esperanzas! Este proyecto tan detenidamente combinado, y cuyo éxito se juzgaba infalible, quedó frustrado con dos palabras; y aquel coloso que estremecía la nación entera, fue confundido por la débil voz de un anciano ministro. *Ved aquí el traidor; el pueblo pide su cabeza;* dijo Caballero a Carlos IV señalando a Godoy; y este cobarde como si oyera el estampido de un trueno, calla, teme, huye, y temblando se oculta del cielo y de la tierra. Así permanece dos días atormentado de la sed, del hambre, por las imprecaciones de los hombres, y los remordimientos de su conciencia. El traidor de Roma, o por menos fortaleza, o por más pudor, prefirió la muerte al escarnio del pueblo.

Mientras el de Madrid con el mayor orden y moderación, y sin derramar otra sangre que algunas gotas de la de Godoy, despojaba su casa, y las de todos sus satélites, entregando a las autoridades cuanto en ellas encontraba; el rey Carlos desconfiando de todos sus vasallos, sensiblemente convencido de la infidelidad e ingratitud de aquel a quien más había exaltado y distinguido y *no permitiéndole los achaques de que adolecía soportar por más tiempo el grave peso del gobierno, determinó después de la más seria deliberación, abdicar libre y espontáneamente la corona de España y de las Indias en su legítimo sucesor el príncipe de Asturias don Fernando*. El Consejo autorizó la renuncia como ejecutada con todas las solemnidades prescriptas por nuestras leyes, los pueblos todos la sancionan, y con el mayor júbilo y aplauso es proclamado Fernando VII en España su rey y libertador.

Sube al trono, como el sol al horizonte después de una noche la más oscura y tempestuosa; disipando las tinieblas, arrollando las nubes, y restituyendo la serenidad, la hermosura y la vida a toda la naturaleza. Así al deseado Fernando desde los primeros momentos de su exaltación, nos hace concebir las más lisonjeras esperanzas de que la nación española recuperaría toda la dignidad, todo el poder y opulencia que gozaba en los tiempos gloriosos del primer Carlos, de Felipe II, y del último Fernando. La elección de ministros; la reforma de lujo asiático de la casa real; la abolición de los cotos en beneficio de la agricultura y de las artes; la construcción de caminos y canales que facilitasen el comercio interior; la extinción de los derechos de almirantazgo; la confiscación de todos los bienes y propiedades usurpadas por don Manuel Godoy; la reparación de los perjuicios y vejaciones, que causó a tantos fieles vasallos; el indulto a favor de los que había desterrado; la restitución al Consejo de la Superintendencia General de policía; su jurisdicción y rastro de Madrid; tales fueron las providencias que dictó en los seis primeros días de su feliz gobierno; cuando apenas tenía tiempo para recibir los homenajes

de los tribunales y de los pueblos; ni para tranquilizar a los vecinos de Madrid, todavía agitados contra Godoy, y mucho más por las tropas francesas que los rodeaban; y cuando la presencia de su augusto padre no le dejaba la libertad necesaria para reprimir y reformar todos los vicios y abusos introducidos por su déspota favorito. ¿Y qué no haría después que removidos tantos obstáculos, y auxiliado con las luces y conocimientos de los ilustres varones que redimía del más injusto destierro, se dedicase únicamente a la prosperidad de sus vasallos? ¿Cuándo pacificado el continente, regenerara su ejército y marina, se fomentase la agricultura, las artes y la industria, y renovándose las relaciones con estas colonias recibiera sus inmensos tesoros, y sus producciones todavía más preciosas?

Bonaparte no ignorando las circunstancias que concurren en España para ser la potencia más formidable de la Europa, previó que bajo una administración sabia y activa se elevaría a ese rango, con mengua de su poder y de su gloria. Añade a su ambición insaciable, el temor que le inspiraba nuestra futura grandeza; y aunque frustrados los primeros medios que había elegido para sojuzgarla, su inmoralidad e impolítica le sugiere otros aun más detestables. No encuentra ninguna razón ni pretexto que lo autorizase, para entrar como un conquistador en las provincias de un aliado y de un amigo tan íntimo, que había arruinado sus pueblos sosteniendo dos guerras dilatadas y sangrientas, sin otro interés que aumentar sus triunfos con extender su imperio. Válese, pues, de las cautelas, de la simulación y perfidia; significa los deseos más sinceros de reconciliar a Carlos IV y Fernando VII suponiéndolos desavenidos con las ocurrencias en Aranjuez a fines de marzo; ofrece mejorar nuestro sistema de gobierno con incalculables ventajas de la nación; protesta una y muchas veces que sus tropas no habían entrado en la península sino para redimirla de la opresión y despotismo, y preservarla de una invasión proyectada contra ella por los enemigos del continente. Confiando en la sinceridad de estas promesas, garantidas con la

palabra inviolable de un monarca, no dudó Fernando VII concederle a don Manuel Godoy; le devuelve la espada inapreciable de Francisco I; recomienda a los vecinos de Madrid la más estrecha y afectuosa unión con las tropas francesas, y parte para Bayona a celebrar con Napoleón el pacto más ventajoso a la España. En vano sus fieles vasallos postrados a los reales pies los bañan con lágrimas tiernísimas; en vano pretenden cortar con sus manos respetuosas el camino que lo conduce a una expatriación infausta; en vano los presagios más funestos hacen estremecer a los mismos Pirineos. Nada lo entenece, nada lo intimida; el sensible, el inocente y generoso Fernando marcha imperturbable, y sin percibir otro objeto que la felicidad de su reina, corre a sacrificarse por ella, recibiendo un abrazo semejante al que Bruto dio a César: *callum invasit*.

Después que Bonaparte hizo en su real persona una presa inestimable, seduce con los mismos halagos y ofertas a sus augustos padres, a toda la familia real. La retiene en Bayona, y violando los derechos más antiguos y sagrados, las leyes de la naturaleza y de todas las naciones, la buena fe, y hasta aquellos actos de recíproca confianza respetados por las hordas más salvajes; erige un tribunal hasta entonces desconocido, y se arroga la facultad de juzgar a los reyes y decidir de su suerte, como lo haría el sultán con los Beyes del África. Declara nula la abdicación de Carlos IV en el príncipe de Asturias, como ejecutado con violencia en un acto de sedición; pretende que Fernando VII vuelva la corona a su padre, y que los infantes su hermano y tío renuncien igualmente los derechos que a ella tienen; y como si Carlos IV fuera árbitro absoluto de la monarquía española, como si pudiera por sí solo derogar sus leyes fundamentales, cede su soberanía en favor de Bonaparte. ¿Se ha visto jamás una farsa más ridícula, ni una depredación perpetrada con menos pudor?

*Fue nula la abdicación de Carlos IV por violenta, como ejecutada en un acto de sedición.*

La sedición no era contra el monarca, sino contra el traidor; el pueblo aclamaba al rey, y le

ratificó su lealtad, su obediencia y respeto; pero ansiosamente le exigía la cabeza del cruel déspota que por tantos años lo había oprimido, y trataba entonces de privarlo de su real persona, abandonándolo a una, potencia extranjera. Y aun suponiendo que hubo alguna violencia en la renuncia hecha en su misma corte, ¿podría ser libre y espontánea la que posteriormente ejecutó el mismo soberano y todos sus sucesores, en un país extraño, rodeados de tropas, tratados como reos, y en presencia de un tirano? *Es nula la renuncia en el príncipe de Asturias; ¿y será válida en favor de un extranjero, proscritos todos por nuestras leyes? La abdicación de Carlos IV en su hijo fue protestada inmediatamente.* La protesta vino de Bayona; mientras el rey Carlos estuvo en España nadie la trascendió, y ni en sus acciones, ni en sus palabras manifestó el menor disgusto por lo que había ejecutado. Al contrario, cuando su amado hijo debía salir de Aranjuez para Madrid a ser reconocido en la capital de su imperio, le ruega varíe la carrera que estaba prevenida, y la dirija por delante de sus balcones; exponiéndose al sentimiento que había de causarle su separación, por la complacencia que recibiría al verle partir entre las aclamaciones y aplausos de un pueblo enajenado por su exaltación; cuyo alborozo el mismo Carlos IV fomentaba con sus más afectuosas y sensibles expresiones.

En Bayona reasumió el rey padre la soberanía dos días antes que se la devolviese Fernando VII. En Bayona se declaró que *Carlos IV quería consagrar los últimos días de su vida al gobierno y felicidad de sus vasallos*; y cuatro días después juzgándose incapaz de gobernarlos y hacerlos felices, los entrega a Napoleón renunciando en él la corona de España, con facultad expresa de que éste la pudiera ceder a quien quisiese. El Divan del Serrallo no hubiera procedido con más violencia, más idiotismo y torpeza que el Consejo de Bayona.

En cualquier tiempo podía Carlos IV abdicar la corona, como lo verificaron Carlos I y Felipe V; pero no estaba en el arbitrio elegirse sucesor. La nación lo tenía reconocido, desde el

momento que juró a su hijo Fernando príncipe de Asturias. Por este acto adquirió un derecho tan irrevocable al trono, que su mismo padre no podía exheredarlo de él, sin una causa justificada ante la misma nación. Ella fue la que calificando los fundamentos que exponían el duque de Anjou y el archiduque Carlos, dictó el testamento de Carlos II, concediendo al primero y a sus descendientes la soberanía de España, prescribiendo el orden inalterable de las sucesiones, y reservándose la facultad inadmisibile de instalar otra dinastía, cuando de Borbón se extinguiera absolutamente en sus dominios.

No podía ocultarse a Bonaparte esta ley que la nación española se impuso voluntariamente, y que ella sola podía derogarla; pero su corazón corrompido por las más viles pasiones obcecó también su entendimiento. Creyó que los habitantes de la península intimidados unos con las tropas francesas que la ocupaban, disgustados otros por la supuesta abdicación de su rey, y seducidos muchos más con los infames libelos que había esparcido, se le someterían servilmente sin atreverse a resistir su fuerza ni sus sofismas.

No fueron estos los únicos medios de que se ha valido para engañar y oprimir a los españoles. Conociendo el respeto y veneración con que miran al sumo pontífice Pío VII, tuvo la osadía de justificar su tiránica usurpación con la autoridad del vicario de Jesucristo. ¡Hipócrita! ¿y cuándo le has concedido sinceramente la facultad de conceder reinos? ¿Cuándo has respetado ni su sagrada persona, ni su alta dignidad? ¿No fuiste tú el que en Egipto abjuraste públicamente la religión católica, despreciaste el nombre de Napoleón por el de *Alí*, y para recomendarte con los musulmanes te jactabas de haber destronado y perseguido hasta el sepulcro al pontífice de los cristianos? ¿Y a Pío VII a quien por tus miras políticas forzaste a ejecutar tu coronación? ¿No lo has privado de sus cardenales, y anuncias despojar de sus Estados, y llevar tu impiedad al último extremo? ¿Por ventura le consultaste para usurpar las monarquías de Nápoles, Cerdeña, Etruria, y

Portugal; las repúblicas de Venecia, Génova, Suiza y Holanda? ¿Para extinguir el imperio germánico, sojuzgar toda la Italia, desmembrar la Prusia y la Polonia; invadir el Austria, la Rusia y la Suecia, desolar la Europa, teñir los mares con sangre de los hombres, perseguirlos y exterminarlos en África, en Asia, y América? Españoles: nada ha omitido Bonaparte para insultar nuestra obediencia y lealtad a los reyes, nuestra piedad y sumisión a la silla apostólica. ¿Y cuántas veces nos habrá beñado por esa virtud, llamándonos idiotas y fanáticos?

Cuando la pluma de un Salustio presente a la posteridad el cuadro horrible que sólo he bosquejado, dudará de la fidelidad de su autor, y por más que repase la Conjuración de Catilina, y la historia de los monstruos que han deshonrado la humanidad en todos los siglos y países, no formará una inducción capaz de persuadirla lo que a nosotros mismos sorprende. Catilina, aunque de ilustre estirpe, no mereció el consulado por sus atroces vicios; los de Godoy siendo mayores no le obstaron para ser exaltado de una pobre cuna a los empleos más brillantes de la monarquía española. Catilina se despecha sonrojado porque no obtuvo la dignidad que dos veces solicita; Godoy sólo dejó de conseguir lo que despreciaba su ambición y avaricia. Catilina fue declarado parricida y enemigo del pueblo, por el senado y los cónsules luego que traslucieron sus perversas maquinaciones; las de Godoy no se ignoraban en Madrid cuando fue proclamado *padre de la patria*, lo respetaban y temían todos sus ministros y dominaba el corazón de Carlos IV. *Los galos* dice Salustio, *enemigos implacables de Roma solicitados por los rebeldes*, rehúsan contribuir a sus designios, y aunque el senado había desatendido sus quejas contra las exacciones de los magistrados, le revelan la conspiración, ponen en sus manos a los colegas de Catilina el emperador de los franceses íntimo amigo aliado del rey de España, estimula a Godoy conspirar contra su augusta persona, le oculta la conjuración y la protege con ejércitos poderosos, sin los cuales el traidor nada hubiera emprendido.

Esta perfidia excede en mucho a la de Tolomeo con Pompeyo, aun reputándola Lucio Floro *por el sumo crimen cometido en la guerra civil*. Derrotado por César en Farsalia y abandonado de sus legiones, se refugia en Egipto confiado en la protección de Tolomeo, a quien antes había favorecido. El ingrato rey olvida cuánto le debe, juzga complacer al vencedor, presentándole la cabeza de Pompeyo. César la riega con sus lágrimas, y sucediendo la indignación a la terneza, jura vengarla del asesino. Entra en Egipto con su ejército victorioso, y Tolomeo desesperado y confundido se arroja y sepulta en las aguas del Nilo.

Reyes, príncipes de la Europa y de todo el mundo: Bonaparte os presenta en el centro de la Francia, no a un extranjero advenedizo que implora su clemencia, sino a Fernando VII su fiel amigo que exige la vuestra. Allí le ha conducido, no con la majestad y gloria que Carlos V introdujo en Madrid a Francisco I, sino cubriéndose de infamia y de oprobio. Allí lo despoja de su trono, no por la fuerza de las armas, sino de la más torpe traición. Lo separa de sus vasallos, no le deja un solo confidente, lo abandona a las más tristes reflexiones, y lo entrega a los asesinos que por su orden despedazaron al duque de Enghien. ¿Y seréis menos sensibles a la suerte de vuestro hermano que Julio César a la de su enemigo? ¿Esperaréis a vengarlo después que se vierta esa sangre inocente? ¿Confiaréis todavía en su alianza, en sus pactos, en sus más solemnes juramentos? Escarmentad en el rey de las Españas; precaved igual destino; unid vuestro poder y energía a la de una nación valerosa y magnánima; imitad su ejemplo, y reasumid vuestras provincias usurpadas y vuestra antigua dignidad. Si despreciáis ocasión tan oportuna, esperad que volviendo sobre vosotros os despojará de la grandeza precaria que os ha dispensado, mientras convenga a sus secretos designios. ¿Lo dudáis? Pues yo presumo que después de haber admitido Bonaparte con la mayor impudencia que un adulator sacrílego le concediera una fuerza *todo*

*poderosa*, en un frenesí de su ambición pretenderá renovar la guerra de los titanes, escalar los cielos, y arrojar de su trono al mismo Dios.

Transportado de la más ardiente lealtad discurría por extraños países, mientras que la capital de mi patria clamaba por la presencia, la compasión y venganza de todos los españoles. Con engaños y cautelas se pretendió sacar de la corte el 2 de mayo al último resto de la familia real; el pueblo lo resiste presintiendo el objeto de aquella general expatriación; y Murat, el fiero Murat jefe de los áspides que esos incautos vecinos habían abrigado en su seno, vuelve contra ellos sus armas emponzoñadas; los acomete indefensos, los despedaza sin exceptuar sexos ni edades, y llena de sangre, de lágrimas, de luto y desesperación todas las calles de Madrid. Habitadores de esa villa desolada, tomad los vestidos ensangrentados de vuestros padres, hijos y esposos, y como el senado presentó al pueblo romano la túnica de César teñida con su sangre, para excitarlo a indignación contra los asesinos; corred vosotros todas las provincias de España, mostradles esos trofeos del valor y probidad francesa, y decidles: Compatriotas, ved aquí una de las *inauditas hazañas de aquel héroe que arrebatava la admiración de nuestro rey Fernando*. Así protege a sus vasallos, así les restituye sus derechos, y los redime de la opresión y despotismo. Esta es la recompensa de nuestra confianza, de nuestra hospitalidad, y de los grandes sacrificios que por espacio de trece años nos han arruinado para sostener su trono vacilante, dilatar sus conquistas y victorias. ¡O negra, indigna retribución! ¿Y miraréis con indiferencia la muerte alevosa de vuestros hermanos, el destierro de vuestro rey, la usurpación de su trono, la infidelidad y cobardía... Españoles: Murat reina en Madrid por Bonaparte, y reinará muy pronto en toda España, si no preferís una muerte gloriosa a una vida infame.

¡Murat reina en Madrid! repiten todos los pueblos de la península con una voz más horrisona que el bramido del león, cuando despedazándose restituye a sus miembros el vigor

enervado. ¡Murat reina en Madrid! pero su gobierno será efímero, no traspasará el recinto de esa villa sin ventura; y aunque la Europa entera humillada a los pies de Bonaparte, incline la cerviz para que le imponga un yugo de hierro, la España, la magnánima España más firme y erguida que la roca Tarpeya, arrojará con indignación las cadenas que insidiosamente aproximaba a sus pies, empuñará el acero, y marchará impávida a redimir su religión, su rey, su libertad, y la de todo el continente.

Este fue el voto unánime de las provincias que no estaban oprimidas por los franceses; y todas ellas simultáneamente, sin convenirse antes ni esperarse, impulsadas de aquel valor y lealtad que caracteriza a los españoles, concurren a un mismo fin empleando los propios medios. Asturias, cuyas montañas vibraron en ocasión muy semejante aquellos ardientes rayos que inflamaron al godo contra el sarraceno; Asturias, siempre la primera en fidelidad y patriotismo, tremola el pendón de su libertad nunca perdida, establece una junta de gobierno, toma las armas, y vuela a repeler los invasores. Galicia la encuentra en su gloriosa carrera, y el reino de León armado buscaba impaciente al común enemigo Aragón y Valencia no les ceden en bravura, ni necesitaron oír su alarma. Los clamores exhalados en Madrid, fueron la señal de la insurrección y venganza. La percibieron también los cuatro reinos de Andalucía, y erigen en Sevilla una junta suprema, reconocida inmediatamente por Extremadura y Castilla la nueva, concediéndole la autoridad de gobernarlos a nombre de Fernando VII mientras consiguen redimirlo a costa de su sangre y de los mayores sacrificios, o hasta que la nación congregada en cortes reasuma la soberanía.

Estos heroicos esfuerzos de los españoles han merecido la protección más eficaz y enérgica del muy noble y generoso Jorge III y de todos sus vasallos. Superando a su rivalidad con la España, el bien que resultaría a la Europa y a todo el mundo deprimiendo y exterminando al

*genio desolador*, han franqueado con la mayor libertad armas, municiones, caudales, tropas, buques y cuanto necesita la península para su defensa, y para informar a estas colonias de las calamidades que sufre y exigen sus auxilios. Con ellos, y la más sincera alianza con Inglaterra, confundirá la España a todas las potencias manifestándoles; que el maquiavelismo de Bonaparte no es infalible; que la victoria no milita siempre bajo sus estandartes; y que ningún poder es suficiente para instalar un rey cuando lo resiste una nación armada.

El genio tutelar de la española cubriendo con sus alas benéficas la Saavedra, Moñino, y Jovellanos los preservó de las cadenas, de los venenos, y de todas las insidias y rigores de un tirano; para que fuesen su esperanza y consuelo en estos días de confusión y abatimiento. El ilustre Saavedra es el alma, el espíritu vivificante de la junta de Sevilla; el anciano y respetable Conde de Floridablanca, el inflexible Jovellanos, viven aún, y viven entre los españoles para inflamarlos y dirigirlos con los consejos de su sabiduría y prudencia. Si estos patriotas esclarecidos, que conocen mejor que otro alguno la situación moral y política de la península, os afirman que pueden defenderse; no lo dudéis; si trazan y combinan el plan de vuestras operaciones; ejecutadlas; si os anuncian la victoria; prevenid los laureles. Mas éstos no se cortan sino en el campo de Marte, cubriéndose de sangre y de polvo; no temáis.

Cada pueblo de España es un monumento consagrado por las virtudes de vuestros ascendientes al númen de la guerra. Fuenterrabia desmantelada por seis minas y once mil cañonazos, será un padrón eterno de la constancia invencible con que resistieron sesenta y nueve días al ejército de Condé, derrotado al fin y perseguido hasta Francia por el almirante de Castilla. Roncesvalles y sus gargantas fueron tan funestas a los franceses, como las Termópilas a los persas. Alfonso el Noble y Fernando el Católico los arrojaron de las Navarras. Don Juan de Austria les obliga a levantar el sitio de Lérida, recupera a Barcelona, y los expelle de toda la

Cataluña; en la decisiva batalla de Villaviciosa ¿no fueron Valdecañas, Aguilar, Torres, Armendáriz, Velasco y otros españoles los que ciñeron las sienes de Felipe V con el laurel inmarcesible y la corona de España?

Si ascendemos a siglos más remotos, no son menos admirables las pruebas de su lealtad y patriotismo. Alfonso de Guzmán ofrece la espada para degollar a su propio hijo, antes que rendir la plaza de Tarifa. Las llanuras de Albelda y de las Navas serán tan gloriosas a la España, como las de Platea y Maratón para la Grecia. Viriato y Sertorio ¿cuántas veces ahuyentaron las águilas romanas de las fértiles campiñas de la Bética y Lusitania? ¿Y cuánta sangre no hizo derramar el Capitolio para privarlas de su independencia y libertad? La misma Roma, y la fiera Cartago ¿consiguieron acaso doblar la cerviz de Sagunto y de Numancia? Esta última sin otros muros que el pecho de sus habitantes, desamparada de sus aliados y amigos, sin esperanza de socorro alguno, sola, confiada únicamente en su valor y fortaleza, sostuvo catorce años el sitio más estrecho y activo que jamás pusieron los romanos. Al cabo de este tiempo exánimes por el hambre y los trabajos, convertidos los hombres en espectros, prefirieron las llamas a las cadenas, murieron libres antes que vivir esclavos.

Españoles: estos héroes han sido vuestros padres; si su ilustre sangre no ha degenerado en vuestras venas; si aspiráis a la gloria que han merecido; jurad sobre esas ruinas y cenizas respetadas de los siglos, y toda inflamada con el fuego sagrado del patriotismo; jurad, seguir su ejemplo, imitar sus virtudes. Si alguno rehúsa este voto, o le violase, sea declarado traidor a la patria, indigno de nombre español, indigno de existir entre vosotros, y fulminad contra su memoria las imprecaciones más terribles. ¡Plegue al cielo que vuestras manos no se tiñan en propia sangre! Reservad el acero, embotadlo en esos cobardes asesinos que aterrorizados por sus crímenes y vuestras virtudes marciales, tiemblan, huyen de vuestra presencia, y se refugian en las

fortalezas que juzgan inexpugnables; semejantes al lobo audaz con el tímido rebaño a quien despedaza impune, y prontamente se refugia entre los montes y breñas inaccesibles. Purgad la península de tales monstruos, acosadlos allende de los Pirineos, y perseguidlos hasta en sus propias tabernas. La espada de Murat, y aun la del mismo Napoleón, no merece ser colocada donde tan dignamente depositaron vuestros mayores la de Francisco I; sin embargo, este trofeo será para vosotros más glorioso, que a los franceses esa propia espada reasumida, no en el campo de batalla, como la adquirieron vuestros padres, sino con engaños y perfidias. Vengadlas todas; no dejéis las armas hasta redimir a Fernando nuestro legítimo y adorado rey; restituidlo a ese trono que él sólo merece, por el derecho imprescriptible de la sangre, por sus amables virtudes, y por el voto constante y sincero de toda la nación. Purificad el solio de la Francia, profanado con los crímenes atroces del más abominable usurpador. Romped las cadenas con que abrumba la Europa, y pretende dilatarlas por el resto del mundo. La religión, la patria y la humanidad os esperan con los brazos tendidos para estrecharos en su seno, y adornar vuestra frente con la guirnalda victoriosa.

La América, la fidelísima América absorta de tanta gloria, sino pudiere por la distancia participar de vuestros triunfos, tendrá al menos la complacencia de contribuir a ellos con sus auxilios y con los deseos más eficaces. En Caracas, en La Habana y en toda la isla de Cuba, en Puerto Rico, en Cartagena, en ambas Floridas, en la provincia de Yucatán, en el reino de México, y en toda la América septentrional ha sido ya proclamado Fernando VII con las más extraordinarias demostraciones de lealtad y complacencia. Los pueblos situados desde el istmo de Panamá hasta el cabo de Hornos, tal vez manifestarán en este mismo instante los propios sentimientos de que estamos penetrados; sentimientos de amor, de fidelidad y júbilo por la

exaltación de Fernando VII; sentimientos de odio, de ira y de venganza por la felonía de Napoleón.

En vano ha pretendido sorprendernos y seducirnos para conciliarse nuestra obediencia y respeto. Sus viles emisarios han excitado la indignación pública en Caracas, en Veracruz y Puerto Rico; y si el gobierno de esa isla lo ha preservado en una fortaleza del furor de un pueblo inviolablemente adicto a su monarca, será sin duda para hacerle sufrir el castigo que imponen nuestras leyes a los sediciosos y traidores. En Veracruz prófugo el comisario francés con la mayor velocidad antes de ser visto, temiendo lo despedazaran y convirtieran en cenizas aquellos fieles vecinos, como lo ejecutaron en medio de una plaza, con los infames papeles de Bonaparte que conducía para el reino de México. Desista, pues, de nueva pretensión sobre la América, y esté persuadido de que en lugar de oro y plata, de sumisión y deferencia, no encontrará en toda ella sino balas y bayonetas y unos espíritus invenciblemente preparados contra sus pérfidas seducciones, y unos pechos de bronce que resistirán inflexibles sus esfuerzos; y si alguno fuere traspasado exhalará el último aliento pronunciando el nombre adorable de Fernando VII.

Los Pirineos serán el término de sus conquistas; mas si por una fatalidad inesperada, después de anegar toda la España en propia y ajena sangre, las dilatase hasta las columnas de Hércules, entonces ¡Oh españoles, los que sobreviviereis a la ruina y desolación de la madre patria! aquí encontraréis un asilo inaccesible a su espada exterminadora. Nuevos Eneas, libertad de ella y de las llamas a vuestros Anchíses, Ascanios y Creusas; no expongáis a la impiedad de los sucesores de Xatillon vuestras santas imágenes; salvadlas todas, y conducid esas sagradas reliquias a estas regiones más feraces, más ricas y dilatadas que las de la antigua Hesperia. Sus habitantes exceden en hospitalidad a los aborígenes; todos somos de un mismo idioma; todos observamos las propias leyes, y aquella divina religión que tanto recomienda la terneza y caridad.

Aquí encontraréis campiñas y collado siempre verdes, y que sólo esperan brazos robustos y activos que rasguen sus entrañas, para ofrecer frutos más útiles y preciosos que sus ricos metales.

En estos países tan favorecidos de la naturaleza conservaremos la monarquía española, elevando su esclarecido solio sobre los tronos de Moctezuma y de los incas. Entonces, concluida la revolución del grande año anunciada por el discípulo de Sócrates, se renovarán los reinos de Saturno; y como los descendientes de Eneas, no cabiendo ya en el Lacio, y siendo aun más estrecho para limitar su poder y su gloria, se dilataron por las vecinas comarcas, subyugaron la Grecia, y en las mismas cortes de Agamenón y de Aquiles vengaron la muerte de Príamo y la extinción de su imperio; así también los españoles multiplicados y engrandecidos con las producciones y preciosidades de estos vastísimos y fértiles países, volverán a la Europa, recuperarán la España, conquistarán la Francia, y si acaso existiese en ella la raza de Napoleón, será restituida a su primitivo ser, tan oscuro y desconocido como el caos de la nada.

Espanoles americanos: apartemos de nuestra imaginación exaltada unas ideas tan remotas, aunque muy halagüeñas; y fijemos la vista en la escena horrorosa que nos ofrece la España. El estampido del cañón, el ruido de las armas, los instrumentos bélicos, los clamores y alaridos de los moribundos resuenan por todas partes. No hay labradores, ni artesanos, ni comerciantes, ni alumnos de Minerva; todos siguen las banderas de Marte, y toda la península es un campo de batalla: incendios, ruinas, sangre y cadáveres; ved aquí los únicos objetos que presenta. Nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos y amigos, yacen sepultados bajo su mismo triunfo. ¿Y no volaréis a sostener la gloria que han adquirido, a conservar sus laureles, y concluir la grande obra de nuestra redención y libertad? Allí se vierte nuestra propia sangre; una mano pérfida despoja de su trono al monarca amable anhelando constantemente por toda la nación; se le priva de sus presencia y de su autoridad en el momento que empezaba a romper las cadenas que por

espacio de 18 años la habían agobiado y envilecido; nuestras leyes, y todos los derechos han sido vulnerados; la esclavitud mas ignominiosa está preparada a todos los españoles, después de reducirlos a la indigencia y miseria; la religión de nuestros mayores se ha profanado sacrílegamente; las esposas y aun las vírgenes sagradas están expuestas a la brutalidad de un conquistador desalmado y voluptuoso; los templos pueden ser convertidos en establos, y las formas consagradas (me horrorizo al presagiarlo) el cuerpo de Jesucristo sacramentado se volverá a presentar en sus mismos cozones para que la devoren los caballos, como lo ejecutaron en Tirlmont los impíos franceses. ¿Y qué causas puede haber más justas para autorizar una guerra? ¿Ni qué estímulos más poderosos para excitarnos a concurrir a ella con nuestras personas y caudales?

Las personas no son tan necesarias, aunque sí muy dignas del mayor elogio. Quinientos mil hombres resueltos a defender cuanto interesa a su existencia y tranquilidad, no pueden ser vencidos por ninguna potencia. Trescientos espartanos comprometidos a morir por salvar a su pueblo, fueron bastantes para derrotar el ejército innumerable de Jerjes. Caudales para la subsistencia de esos valerosos patriotas, y para los trenes y armas de ejércitos tan numerosos y desproveídos, es cuanto pide a nosotros la madre patria, y lo que podemos fácilmente tributarle. La justicia y la gratitud exigen que dividamos con ella, lo que por ella misma disfrutamos. La paz con la Inglaterra, a libertad de los mares, la restauración de nuestro comercio, es debida a la guerra con la Francia. De aquí es, que nuestros puertos se abren por las heridas que reciben los españoles; nuestros campos se fertilizan con su sangre; el valor de nuestros frutos se aumenta, porque ellos dejan de cultivar los suyos; nuestra gula y el lujo se sacia porque ellos están hambrientos y desnudos; y la América ya se lisonjea separa de las calamidades de una invasión, porque la España sufre todos los ligeros de la guerra más sangrienta.

La isla de Cuba, aunque expuesta a un asedio más que otras colonias españolas; y aunque por una omisión, de que ya se arrepiente, dependa de ellas para satisfacer sus primeras necesidades, ni se ha intimidado con la fuerza de un enemigo dueño de los mares, ni ha sentido todas las privaciones que eran consiguientes a su defectuoso sistema de agricultura. El vigilantísimo jefe que tan dignamente la gobierna, ha empleado los medios más eficaces para su defensa, subsistencia y prosperidad; y en las presentes circunstancias, tan extraordinarias e imprevistas en la monarquía española, no han sido menos sensibles los testimonios de su fidelidad, prudencia, y previsión. Pero no es suficiente para la fidelidad de un pueblo que su magistrado reúna aquellas virtudes cívicas que lo constituyen digno de dirigir a los hombres; es también necesario que los súbditos concurren con otras, sin las cuales no puede resultar el orden y armonía social. Confianza, respeto y obediencia a las autoridades, concordia, honradez, humanidad y patriotismo entre los ciudadanos; ved aquí los vínculos poderosos que los estrechan de un modo indisoluble; que hacen innecesarias las mejores leyes; y que les concilian el temor y veneración de los pueblos vecinos.

Habaneros: sin estas virtudes no podemos vivir tranquilos, ni gozar de las prosperidades que ofrece nuestro suelo, ni conservar la reputación que hemos adquirido. Nuestra patria puede glorificarse de no haber dudado ni un solo instante que Fernando VII debía ser su legítimo soberano; de todas las ciudades de la América sólo Caracas lo proclamó antes que ella; sus hijos han sido los primeros que prefiriendo los peligros de la guerra a las comodidades de este país, han marchado a verter su sangre en España por redimirla y restaurar a su rey; y sin embargo de la calamitosa situación de esta plaza, presenta ya algunos auxilios para socorrer a la metrópoli. Repetid estas pruebas de vuestro patriotismo y lealtad; y sea una de las más gloriosas, vuestra constante adhesión y obediencia al muy ilustre jefe que nos preside. Sostenedlo con vuestros

sufragios y esfuerzos en la silla que ocupa con tanto aplauso de los vecinos honrados, hasta que una autoridad reconocida por toda la nación, se digne remunerar su distinguido mérito elevando a más alta dignidad.

Lejos de vosotros el espíritu de insurrección y anarquía. Ahora más que nunca respetad nuestras leyes y a sus ministros; reunid vuestras fuerzas y votos por la pública tranquilidad. Sea una misma vuestra opinión, no discorden vuestros sentimientos, diríjense todos a un propio fin, y este sea la más íntima unión entre todas las clases y pueblos de esta colonia. Estrechad vuestras relaciones políticas y amistosas con las demás posesiones nacionales principalmente con el reino de México, cuyos subsidios nos son tan necesarios; pero nuestra posición le es muy ventajosa para su defensa y comercio. Fomentad el vuestro: buscad este feraz suelo los grandes recursos que nos brinda para que no debamos nuestra conservación a otros países, especialmente a los extranjeros; sus precarios auxilios establecen la inacción y producen una dependencia ruinosa. El cultivo de aquellos frutos sin los cuales no podemos existir, sea preferido al de otros que sólo aumentan las necesidades facticias. Ya habéis visto que su valor pende de mil circunstancias, que no está en vuestro arbitrio reunir las, cuando el consumo de los primeros alimentos no se sujeta al capricho de los hombres, sino a una exigencia constante de su naturaleza. Ella misma, y la política os incitan a que mejoréis vuestra agricultura, único manantial de la abundancia y riqueza, y a que seáis más industriosos y precavidos. ¡Feliz yo si estas ideas, que sólo me es concedido insinuarlas, contribuyen a la prosperidad de mi patria!

La edición del tomo V de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Adriana Fernanda Rivas de la Chica  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602